

## Miguel de Unamuno, un cristiano trágico

JOSÉ MARTÍNEZ HERNÁNDEZ<sup>1</sup>  
Universidad de Murcia

Sobre la obra y la personalidad de don Miguel de Unamuno se ha dicho de todo, sin duda por la misma dificultad que su figura presenta para encasillarla en algún lugar. Se le ha mirado con buenos y con malos ojos como novelista, poeta y autor de teatro, se han analizado hasta la saciedad su filosofía, teología o antropología, se han examinado con lupa sus ideas políticas, concluyéndose de las muchas exégesis que fue a la vez derechista, izquierdista, centrista, socialista, anarquista, carlista, etc. En cuanto a su persona, ha sido psicoanalizado, se ha hurgado en su vida y en sus papeles, se le ha definido sucesivamente como arrogante y tímido, polemista y contemplativo, rebelde y conformista. Tal vez fuera en parte todas las cosas que de él se han dicho, pero nunca una sola de ellas. Genio y figura, paradójico y contradictorio, singular y universal, Ernst Robert Curtius le definió como un «excitador de España» y esta imagen se acerca con éxito a lo que fue la vocación de toda su vida, el empeño que nos hace recordar, salvando las distancias, la figura de Sócrates cuando a sí mismo se define como el «tábano de Atenas». Algo de molesto tábano hay también en la personalidad de este vasco peculiar, que inquieta a todos por igual y que en ningún sitio se deja reducir:

«Pero es que mi obra –iba a decir mi misión– es quebrantar la fe de unos y de otros y de los terceros, la fe en la negación y la fe en la abstención, y esto por fe en la fe misma; es combatir a todos los que se resignan, sea al catolicismo, sea al racionalismo, sea al agnosticismo: es hacer que vivan todos inquietos y anhelantes.»<sup>2</sup>

El sentido de misión que daba a su actividad le acerca aún más al gran filósofo ateniense y confiere a su dedicación una dimensión claramente filosófica: la de despertar, inquietar, luchar contra todo dogmatismo estéril, aventar ideas y adoptar actitudes ante las que no quepa la indiferencia, que no es sino una forma de muerte del alma. Fue una especie de misionero laico, con su atuendo de pastor protestante y ese tono sermoneador de sus discursos, que asumió el destino de estimular polémicamente a sus compatriotas. Son de sobra conocidos su *erostratismo*, sus gestos públicos e incontables anécdotas, su *egotismo* y desmesura. Menos conocido, por desgracia, es su pensamiento, pues en ocasiones suele quedar oculto por la poderosa personalidad de su artífice y se ve sustituido

---

<sup>1</sup> [pepemarher@yahoo.es](mailto:pepemarher@yahoo.es)

<sup>2</sup> M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Espasa-Calpe. Colección Austral. Undécima edición, Madrid 1967, pág. 236.

por chascarrillos y anécdotas superficiales. Por otra parte, el Unamuno novelista, poeta y autor de teatro ha predominado a menudo en la consideración de su figura sobre el ensayista y pensador.

Lo que aquí nos proponemos es poner de relieve al pensador antes que al literato, aunque tal división sólo pueda ser asumida de un modo artificioso, pues en cada una de sus obras está siempre él, entero y verdadero, hombre de una sola pieza. Desde esta perspectiva su pensamiento puede ser considerado, junto con el de Ortega y Gasset, como el más importante que ha dado la lengua española a la cultura occidental. La dificultad que entraña la clasificación de sus escritos se debe en buena parte a la naturaleza de su estilo, siempre a contracorriente, situado con un pie a cada lado de la frontera que delimita de modo convencional los distintos géneros literarios. Cultivó la novela, la poesía y el teatro con un espíritu filosófico y el ensayo filosófico con un espíritu poético y novelesco. Por eso su prosa no se presta a sencillas clasificaciones, en ella hace un uso constante de paradojas y de símbolos, de contradicciones e hipérbolos, nutriendo su inconfundible estilo con el contraste y la desmesura. Era consciente de que el *genio español* es más literario que filosófico, más intuitivo que sistemático, más metafórico que conceptual, y se propuso discurrir por metáforas, símbolos y paradojas para fundar una genuina filosofía española. Sin duda, el pensamiento español tiene en él al gran maestro precursor como bien dice Eugenio Trías:

«Para todos aquellos cuya pasión vital es la filosofía, Unamuno constituye, dentro del contexto hispánico, el ancestro originario: el padre fundador de una bella promesa, la de una filosofía que pueda ser a la vez hispana y universal.»<sup>3</sup>

Sobre su pensamiento se han vertido todo tipo de juicios, etiquetas e «ismos», se le ha calificado como vitalismo, existencialismo, personalismo, irracionalismo, individualismo, pragmatismo, etc., haciéndose eco de las diferentes influencias que experimentó a lo largo de su vida. Sin embargo, sus almas gemelas, sus hermanos agónicos principales son Pascal y Kierkegaard, dos cristianos heterodoxos y singulares como él, sus verdaderos precursores en el sentimiento trágico del cristianismo. Es este sentimiento, trágico y cristiano a la vez, el que hace de las ideas de Unamuno la expresión de una permanente contradicción, de una lucha constante entre polos irreconciliables: la razón y el sentimiento, el ser y el deber ser, la ciencia y la fe, la realidad y la voluntad. Lo trágico es en don Miguel *agonía*, autoafirmación desesperada frente a lo que nos niega, perdición irremediable que no puede ser aceptada, pacto imposible con la evidencia de la muerte, rebelión contra toda lógica. Por esta razón, escoge la figura del héroe trágico español por excelencia, Don Quijote, como arquetipo de su pensamiento:

«Aparéceseme la filosofía en el alma de mi pueblo como la expresión de una tragedia íntima análoga a la tragedia del alma de Don Quijote, como la expresión de una lucha entre lo que el mundo es, según la razón de la ciencia nos lo muestra, y lo que queremos que sea, según la fe de nuestra religión nos lo dice.»<sup>4</sup>

La contradicción, la lucha, la afirmación de lo imposible según el criterio de la sensata razón, son también los rasgos principales de este alucinado caballero andante en el que Unamuno se reconoce. Don Quijote es para él el símbolo de la capacidad *poiética* y creadora de la voluntad,

3 E. Trías, *El último de los episodios nacionales*, F.C.E. Madrid 1989, pág. 40.

4 M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, edición citada, pág. 235.

afirmandose contra toda evidencia racional, haciendo de la vida constante creación, hazaña trágica que es desmentida por el mundo. La vida de Don Quijote se le representa como una nueva definición de la sensatez, según la cual ser sensato es querer que nuestros sueños, nuestros deseos más íntimos, se hagan realidad. A esta nueva fórmula, trágica y cómica a un tiempo y, por tanto, más profundamente trágica, se acoge don Miguel. Don Quijote no se resigna a la necesidad de lo real, no cuenta con ella, y se convierte en la encarnación de un mentís permanente hacia dicha necesidad; su existencia es *autopoiesis*, autocreación y autoafirmación. La locura de don Quijote, dice Unamuno, es sensata: «No fue un muchacho que se lanzara a tontas y a locas a una carrera mal conocida, sino un hombre sesudo y cuerdo que enloquece de pura madurez de espíritu.»<sup>5</sup> La tragedia de Don Quijote es también la de Unamuno: la singularidad, la soledad, la intempestividad, el energumenismo, el afán de inmortalidad, una radical insatisfacción, un conflicto irresoluble entre la realidad y el deseo.

Sin embargo, tal carácter trágico debe de ser matizado, porque, en contra de lo que pudiera parecer y de lo que el propio Unamuno afirma en determinados momentos, ese sentimiento trágico no es de raíz cristiana. Si fue siempre en el fondo un cristiano imposible e irreconocible se debe en buena medida al trasfondo no cristiano de su ser trágico. De haberle conocido Nietzsche probablemente hubiera dicho de él algo semejante a lo que afirmó sobre Pascal, el otro trágico cristiano: que se trataba de un gran espíritu corrompido y arruinado por el cristianismo. La rebeldía unamuniana frente a la nada, su revuelta contra la muerte, tiene poco que ver con la resignación cristiana, carece de la serena voluntad de muerte presente en el «muero porque no muero» teresiano y deja ver un orgullo prometeico impropio de la aceptación cristiana de la muerte. Son pocos los que lo han querido o sabido ver, pero la verdadera agonía de Unamuno, la auténtica tragedia de su personalidad, es la lucha entre el anticristiano que en buena parte fue y el cristiano católico que quiso y no pudo nunca llegar a ser del todo.<sup>6</sup> Don Miguel intentó encontrar consuelo para esa insoportable tensión trágica y lo buscó allí donde mejor pudiera quedar satisfecha su ansia de inmortalidad personal: en el mito cristiano de la resurrección de los muertos. Sin embargo, en su búsqueda desenfundada de la inmortalidad personal, individual, en carne y hueso, hay una desmesura, un exceso (*hybris*) impío.

La contradicción entre tragedia y cristianismo, que le llevó a ser una paradoja viviente, un trágico cristiano o un cristiano trágico, como se prefiera, es la médula del pensamiento de Unamuno, que acertó a definirse a sí mismo como un hombre que afirma contrarios, que dice una cosa con el corazón y la contraria con la cabeza y que hace de esta lucha su vida. El sentimiento trágico de la vida se alimenta de la contradicción, de la conciencia agónica, es la manifestación misma de la contradicción en sus múltiples rostros:

«¡Contradicción!, ¡naturalmente! Como que sólo vivimos de contradicciones, y por ellas; como que la vida es tragedia, y la tragedia es perpetua lucha, sin victoria ni esperanza de ella; es contradicción.»<sup>7</sup>

5 M. de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, Espasa-Calpe, Colección Austral, Madrid 1966, decimocuarta edición, Primera Parte, Capítulo I, pág. 23.

6 Esta perspectiva del pensamiento de Unamuno la hemos encontrado en las atinadas palabras de F. Savater: «Lo que habitualmente se considera como su preocupación de más neta raigambre cristiana es en realidad una inquietud trágica, es decir, anticristiana.» M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Prólogo de Fernando Savater, Alianza Editorial, S. A. Madrid 1986, pág. 15.

7 M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, edición citada, pág. 18.

Contradicción entre el ansia de inmortalidad personal y la conciencia de la muerte como algo inevitable, es decir, entre lo que queremos y aquello a lo que estamos destinados. Contradicción entre las verdades de la fe y las verdades de la razón, entre la religión y la filosofía. Contradicción entre el hambre de Dios y su ausencia o silencio, entre la voluntad y la razón. Contradicción, que resume todas las anteriores, entre tragedia y cristianismo. Unamuno no puede entender a los hombres que parecen vivir ajenos a las distintas formas de la contradicción, no comprende que sea posible una conciencia satisfecha que viva consciente de su finitud y de su condición mortal. Por el contrario, ahonda cada vez más en la lucha sin fin entre el corazón y la cabeza, porque toda posición de acuerdo y de armonía duradera entre la razón y la vida resulta imposible, así como cualquier intento de síntesis entre ambos. Piensa en Pascal y en Spinoza, dos filósofos trágicos cada uno a su manera, cuando alude a la reconciliación imposible, en cualquiera de las dos direcciones, entre la cabeza y el corazón: «¡Razones de corazón!, ¡amores de cabeza!, ¡deleite intelectual! ¡Intelección deleitosa!, ¡tragedia, tragedia y tragedia!»<sup>8</sup> La historia del pensamiento humano es para él una larga lucha entre la razón y la voluntad; la primera empeñada en racionalizar a la segunda, inculcándole resignación ante la inevitabilidad de la muerte; la segunda, en cambio, intentando que la razón sirva de apoyo a sus anhelos vitales. Se trata, sin duda, de una historia trágica, es la historia, insiste el escritor vasco, de los individuos y los pueblos contemporáneos que no padecen ni de estupidez intelectual ni de estupidez sentimental. El sentimiento trágico de la vida desencadena, pues, una batalla que jamás tendrá fin, convierte la vida en una guerra constante entre los anhelos de la voluntad y la voz desesperada de la razón.

Otro de los rasgos originales del pensamiento de Unamuno consiste en establecer una estrecha vinculación entre razón y sentimiento. El sentimiento, no es, según él, un obstáculo para el conocimiento de la realidad, sino, por el contrario, el punto de partida que lo hace posible. Por eso, a la *conciencia representativa* del racionalismo cartesiano, deseosa de preservar una objetividad no «contaminada» por los sentimientos, opone una *conciencia pasional*, agónica. Se aleja de esta manera de toda la tradición intelectualista y racionalista (griega, escolástica, cartesiana, kantiana, husserliana...) que ha cifrado la actividad filosófica en un conocer exento de pasión. Se separa de esa especie de ideología espontánea del filósofo y asienta su pensamiento sobre una base real, contribuyendo a hacer de la pasión, del sentimiento, un problema filosófico de primera magnitud. Toda su obra se halla, además, impregnada, en su fondo y en su forma, por una temperatura pasional extraordinaria, un *pathos* descomunal y genuino, siendo en este aspecto comparable a la de Nietzsche. El punto de partida de su reflexión no es un sujeto meramente racional, sino un sujeto pasional: el tantas veces citado «hombre de carne y hueso.» De esta manera subvierte una larga y antigua tradición intelectualista y establece una singular relación entre conciencia y dolor:

«El dolor es el camino de la conciencia y es por él como los seres vivos llegan a tener conciencia de sí. Porque tener conciencia de sí mismo, tener personalidad, es saberse y sentirse distinto de los demás seres, y a sentir esta distinción sólo se llega por el choque, por el dolor más o menos grande, por la sensación del propio límite. La conciencia de sí mismo no es sino la conciencia de la propia limitación.»<sup>9</sup>

8 M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, edición citada, pág. 176.

9 M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, edición citada, pág. 109.

Unamuno concibe el dolor, la congoja, como algo espiritual, como la revelación más inmediata de la conciencia, pues quien no ha sufrido no es consciente de sí. La congoja es lo que hace que la conciencia vuelva sobre ella misma, que el hombre se adueñe de sí mismo, pero la verdadera congoja, la más profunda, es producida por el deseo de no morir nunca. En sustancia, su postura coincide con la de Schopenhauer y se inspira en ella y en la de Spinoza al mismo tiempo: la esencia de todos los seres es la voluntad, el querer vivir. Por tanto, el hombre es esencialmente voluntad y ansia de no morir, afán de inmortalidad, y toda filosofía, como toda religión, tiene un punto de partida afectivo y personal: el horror de la nada y el deseo de inmortalidad. La voluntad, dice Unamuno, afirma la vida, mientras que la razón la niega:

«De continuo la voluntad, quiero decir, la voluntad de no morirse nunca, la irresignación a la muerte, fragua la morada de la vida, y de continuo la razón la está abatiendo con vendavales y con chaparrones.»<sup>10</sup>

La reconciliación entre razón y voluntad se le muestra imposible, porque entre ellas se da una insalvable disparidad: todo lo vital es antirracional y todo lo racional antivital. Esta oposición, afirma Unamuno, es la base del sentimiento trágico de la vida. La razón no sólo no satisface nuestras necesidades afectivas y volitivas, nuestro anhelo de inmortalidad, sino que lo desmiente cruelmente. Ni el sentimiento logra transformar el consuelo en verdad, ni la razón logra hacer de la verdad consuelo. Pero el conflicto unamuniano entre razón y voluntad no debe confundirse con una incertidumbre teórica o especulativa, al estilo de la duda cartesiana, porque su raíz es de otro signo. Se trata de una duda pasional de resonancias agustinianas y pascalianas, es la conciencia dolorosa y acongojada de una contradicción que se ahonda cada vez más: «Esta otra duda es una duda de pasión, es el eterno conflicto entre la razón y el sentimiento, la ciencia y la vida, la lógica y la biótica.»<sup>11</sup> Un conflicto que constituye el más trágico problema de la filosofía: el intento de conciliar las necesidades intelectuales con las afectivas y volitivas, empeño siempre abocado de antemano al fracaso. La contradicción entre la razón y la voluntad constituye para Unamuno la base de nuestra existencia, pues la razón no confirma el anhelo vital de inmortalidad, pero tampoco es capaz de dar por sí misma a la vida sentido, aliciente y verdadera finalidad. La miseria de la razón es que ni consuela ni se deja consolar, ya que desemboca en el más extremo escepticismo y lleva consigo a la voluntad a la desesperación. Razón y voluntad sólo se hermanan en el abismo del escepticismo y de la desesperanza, en un abrazo trágico y terrible a un tiempo. Una vez allí, la voluntad puede levantar su esperanza y afirmarse sobre el escepticismo y la miseria de la razón. Razón y voluntad son, en fin, voces contrarias que salen de una misma boca:

«La razón, la cabeza, nos dice: ¡nada!; la imaginación, el corazón, nos dice: ¡todo!... La razón repite: ¡vanidad de vanidades, y todo vanidad! Y la imaginación replica: ¡plenitud de plenitudes, todo plenitud!»<sup>12</sup>

La razón muestra la miseria de la existencia, es incapaz de darle a la vida un sentido pleno, mientras que la voluntad busca su afirmación en contra de esa miseria. Las limitaciones que Una-

10 M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, edición citada, pág. 87.

11 M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, edición citada pág. 87.

12 M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, edición citada, pág. 137.

muno encuentra en la actitud racionalista son de todo tipo, pero podemos resumirlas en tres: *cognoscitiva*, *ética* y *religiosa o afectiva*. En primer lugar, el racionalismo concibe a la conciencia como un reflejo frío y objetivo, exento de pasión, de la realidad y esta concepción resulta superficial e irreal frente a la conciencia agónica. La segunda limitación es de tipo moral. Una moral meramente racional, ya sea epicúrea, estoica, utilitarista o kantiana, debe basarse o en el placer mismo de hacer el bien o en una doctrina intelectual y abstracta sobre el deber. En ambos casos el resultado es deficiente: las dos, dice, son moralidades sin apoyo. Conduce la una al esteticismo y la otra a la sequedad. Por último, está la que Unamuno considera la más grave limitación del racionalismo. La hemos denominado afectiva o religiosa porque consiste en que la razón se muestra como enemiga de la vida y se enfrenta a nuestro anhelo de inmortalidad personal. La inteligencia, dice, tiende a la muerte, a la identidad. De este modo, la razón trae la muerte y frustra el afán de vida eterna. La miseria de la razón es la miseria de la condición humana cuando se atiene a lo racional en exclusiva y lo diviniza. La única conclusión válida que podemos obtener de la razón es la prueba de que la conciencia individual no puede sobrevivir al organismo corporal del que depende, es decir, la prueba de que la inmortalidad personal es imposible. Sin embargo, algo muy dentro de nosotros se niega a aceptar esa conclusión, ese algo es la voluntad, que se afirma en su anhelo de inmortalidad contra toda razón. En contra de la miseria de la razón se alza, así, la voluntad, reclamando su derecho a la inmortalidad para sí y para la conciencia a la que ella sostiene, rebelándose contra toda lógica, declarando la guerra a las evidencias de la cabeza para poder afirmar las irrefrenables aspiraciones del corazón. La conciencia es para Unamuno pasión y deseo antes que representación, es una tendencia, un apetito, un ansia de persistir y de no morir. La razón representativa y objetiva es posterior a esa conciencia pasional y agónica, puesto que lo primero es la necesidad de conocer para vivir y el hombre es antes pasión que razón. Ya en las primeras páginas de *Del sentimiento trágico de la vida*, realiza su profesión de fe «irracionalista» y se sitúa al lado de Schopenhauer en su crítica al hegelianismo y, con él, a todo el racionalismo occidental:

«Hegel hizo célebre su aforismo de que todo lo racional es real y todo lo real racional; pero somos muchos los que, no convencidos por Hegel, seguimos creyendo que lo real, lo realmente real, es irracional; que la razón construye sobre las irracionalidades.»<sup>13</sup>

La voluntad y la inteligencia, dirá Unamuno, buscan cosas completamente opuestas. La primera quiere absorber el mundo en nosotros, apropiárnoslo, mientras que la segunda desea que seamos absorbidos en el mundo. Una persigue la plenitud, la apoteosis del yo, mientras que la otra predica su vanidad y persigue su disolución. El hombre es para él, en su sentido más profundo, una voluntad que se afirma con todos los medios a su alcance, un deseo de hacer el mundo a su imagen y semejanza: «El sentimiento del mundo, sobre el que se funda la comprensión de él, es necesariamente antropomórfico y mitopeico.» La labor del hombre, dirá, es sobrenaturalizar a la Naturaleza, divinizarla humanizándola.

Esta concepción del hombre como voluntad afirmativa, unida a sus creencias religiosas cristianas, convierten a Unamuno en especie única y singularísima. El resultado del encuentro entre una filosofía cuyo punto de partida es afirmativo con el cristianismo histórico, religión de la renuncia, del sacrificio y de la resignación, hacen de la figura del escritor vasco una auténtica *contradictio in terminis*. Unamuno es, como venimos diciendo, un cristiano trágico. ¿Puede concebirse mayor

13 M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, edición citada, pág. 12.

paradoja? Y, sin embargo, sobre esa paradoja construyó su vida entera. El valor, entre otros, de su pensamiento es precisamente mostrar en carne viva tal paradoja. Cuando se deja llevar por su concepción de una voluntad afirmativa dice cosas que no parecen propias de un hombre imbuido por el espíritu del cristianismo, parecen *disparates* más comprensibles en ese Nietzsche al que él calificó de racionalista desesperado. Un ejemplo: «¡Ser, ser siempre, ser sin término, sed de ser, sed de ser más!, ¡hambre de Dios!, ¡sed de amor eternizante y eterno!, ¡ser siempre!, ¡ser Dios!».<sup>14</sup> O este otro: «...cada conciencia quiere ser ella y ser todas las demás sin dejar de ser ella, quiere ser Dios.»<sup>15</sup> El espíritu de tales afirmaciones está más cerca de la *soberbia* pagana que de la resignación y humildad cristianas, a no ser que las interpretemos como la expresión abierta de una soberbia mucho más profunda que la de Prometeo, que sería la soberbia cristiana disfrazada de humildad, la de los mansos de espíritu que se sienten elegidos de Dios. En cualquier caso, Unamuno resulta aleccionador en muchos aspectos. En otras ocasiones hace desconcertantes apologías del cristianismo. La afirmación de la voluntad en su hambre de eternidad y sed de infinitud, en su deseo de inmortalidad personal, es, dice, la doctrina propia de los hombres fuertes; mientras que sólo los débiles se resignan a la muerte y buscan malos remedos para el afán de inmortalidad. Con esta idea pretende invertir la posición de Nietzsche y llega a afirmar en el *Diario íntimo* que el verdadero superhombre (Übermensch) es el cristiano.

Unamuno entiende que frente a la amenaza constante de la muerte no caben más que tres salidas. La primera es afirmar la voluntad de ser hasta el final, el anhelo y el afán de inmortalidad personal. La segunda es afirmar la *voluntad*, claudicar y disponerse a regresar a la nada, como es el caso de la filosofía de Schopenhauer. Y la tercera consiste en vivir una existencia casi animal o vegetal, ajenos a todo problema vital; en una especie de siesta interminable, pasando el rato, matando el tiempo y la inquietud. En otras palabras, o ser, o no ser, o ni ser ni no ser. No es necesario aclarar que Unamuno se aferra a la primera salida con todas sus fuerzas. Afirma la voluntad porque únicamente ella puede superar las tres limitaciones principales de la razón antes mencionadas. La voluntad posee, pues, una triple virtud, en el sentido etimológico de fuerza y poder, cognoscitiva, ética y religiosa. En el primer caso, es la voluntad la que arraiga a la razón en el conocimiento sensible y la instala en el mundo mediante el instinto de conservación, en el segundo y tercer casos, la guía hacia el amor o compasión y hacia la fe mediante el instinto de perpetuación. Estos dos instintos inherentes a la voluntad son los que hacen que la razón se transforme en conciencia. El deseo, la pasión, es el origen del conocimiento, pero también lo es del amor y de la compasión, que son el verdadero fundamento de toda moral y, lo que es más importante, la pasión es la esencia de la fe. La fe, dice Unamuno es *la flor de la voluntad*: «Mas, aunque decimos que la fe es cosa de la voluntad, mejor sería acaso decir que es la voluntad misma, la voluntad de no morir (...) La fe es el poder creador del hombre.»<sup>16</sup> No es una necesidad racional lo que nos lleva a creer en Dios, sino una angustia vital, pues creer en Dios es querer y anhelar que le haya, tener hambre de divinidad por la misma razón que se tiene hambre de inmortalidad. La fe no es la mera adhesión del intelecto a un principio abstracto, sino que es cosa de la voluntad, es la afirmación definitiva de ésta más allá de la muerte, porque, dice, «hemos creado a Dios para salvar al Universo de la nada».

En resumidas cuentas, la afirmación de la voluntad conlleva un triple movimiento cognoscitivo, ético y religioso que implica la afirmación del individuo ante la muerte, su negación apasionada de

14 M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, edición citada, pág. 37.

15 M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, edición citada, pág. 161.

16 M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, edición citada, pág. 146.

lo que le niega. El pensamiento de Unamuno se revela así como una radical negación de la muerte, una defensa sin resquicios de la exigencia antropológica de salvación individual. Afirmarse como individuo es no querer morir, ni, lo que es más importante, querer quererlo:

«No quiero morirme, no, no quiero ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir yo este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí, y por esto me tortura el problema de la duración de mi alma, de la mía propia.»<sup>17</sup>

En este su no querer morir, ni querer quererlo, late un talante que, por más que él no quiera verlo, no es cristiano. Esa no resignación tiene algo de impiedad prometeica, de soberbia y falta de humildad cristiana. La actitud unamuniana constituye el rechazo más radical de la muerte, así como la negación más explícita de lo que podríamos denominar *voluntad de muerte*. En Unamuno, como en Nietzsche, hay una afirmación apasionada de la voluntad de vivir, pero así como en Nietzsche tal afirmación implica la crítica al cristianismo como una expresión señera de la voluntad de muerte, de la desvalorización de la vida, en Unamuno se halla abrazada al cristianismo. La diferencia entre ambos estriba en la antagónica consideración que hacen de la religión cristiana. Nietzsche la ve como la manifestación más acabada de la voluntad de morir, pero Unamuno la contempla como la expresión máxima de la voluntad de vivir individual. Donde Nietzsche denuncia la negación de la vida Unamuno encuentra su mayor afirmación, aceptando la concepción sacrificial de la muerte de Jesús como muerte que vence a la muerte, muerte que produce vida.

La agonía de Unamuno, la profunda contradicción que encarna su pensamiento, es resistirse a la muerte, no pactar con ella ni aceptarla, y buscar consuelo, en cambio, en una religión que propone resignarse y abrazarla como modo de hacerla familiar y superar su temor; una religión que, como todas, funda su victoria sobre la muerte en la omnipresencia de ésta y en la devaluación de la vida. La negación de la muerte que propone no es, por ello, ético-filosófica, sino religiosa, porque el mito unamuniano de la inmortalidad es el mito cristiano de la resurrección de la carne. El lenguaje en el que Unamuno expresa su negación de la muerte es de clara inspiración cristiana, aunque su espíritu muchas veces no lo sea, con lo cual se halla en una indefinible frontera intermedia entre lo no cristiano y lo cristiano, entre lo trágico y lo cristiano. S. Serrano Poncela ha sabido ver con claridad esta situación:

«Unamuno está situado entre ambas corrientes. No podríamos decir que su actitud ante la muerte es arreligiosa, pero tampoco que se acerque a la muerte con la alegría del poseído por la transcendencia hacia la inmortalidad. Su contradicción –lo que él llama su agonía– nace de hallarse en esta zona crepuscular e intermedia entre el existencialismo ateo y el existencialismo cristiano.»<sup>18</sup>

Maestro imprescindible del pensamiento español, quijotesco *desfacedor de entuertos*, especie única e irrepetible, pocos filósofos han encarnado como él el desgarramiento del individuo ante la muerte, muy pocos han acertado a desentrañar la angustia y la rebelión que ese desgarramiento supone y ninguno ha acertado a expresarlo con un lenguaje tan vigoroso y rotundo, tan agónico y vibrante que parece nacido del primer grito y del último anhelo de la condición humana.

17 M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, edición citada, pág. 41.

18 S. Serrano Poncela, *El pensamiento de Unamuno*, F.C.E., México 1978, págs. 111-112.